

Marcando el rumbo

«La bendición de Jehová es la que enriquece».

Proverbios 10: 22

En el año 1961, cuando tenía nueve meses de vida, me contagié con el virus de la poliomielitis (poliovirus). Mis padres, que ya conocían la fe adventista, apoyados por los ancianos de la iglesia y familiares hicieron una dedicación de mi vida al Señor tal como lo hizo Ana con Samuel. Además, aceptaron la idea de contar con la ciencia médica. Dios aceptó esa ofrenda de fe de padres consagrados y, como respuesta, recibí sanidad.

Cuando tuve conciencia de lo que había pasado con mi vida, decidí yo mismo hacer mi dedicación al Señor, a su servicio y a su obra.

Al crecer en la iglesia, me gozaba cada segundo sábado del mes al escuchar los testimonios conmovedores de hermanos y hermanas involucrados en el Fondo de Inversión. No era de interés para mí saber cómo surgió la idea o el plan, solo me impresionaban los testimonios que daban los hermanos sobre las bendiciones que habían recibido. Desde niño, gozaba invirtiendo en zapatos, gallinas, siembras, bicicletas, etcétera. Siempre vi las bendiciones de Dios, pero deseé contarles la gran experiencia de mi vida...

Yo anhelaba comprarme una motocicleta, así que ahorré dinero durante mucho tiempo y compré una que no funcionaba. Con la esperanza de ponerla en marcha, la llevé a la casa del mecánico. Después de revisarla, me dijo estas palabras: «Perdiste el

dinero, esta motocicleta ha sido mal manipulada y está dañado el cárter». Imaginense cómo me sentí, ¡qué desánimo, qué dolor, qué pérdida!

Sin embargo, el Dios de las bendiciones nunca deja a nadie que le es fiel derrotado, abatido o en pérdida.

Por aquellos días, se había bautizado el esposo de una hermana muy querida de la iglesia que pastoreábamos, la cual supo de mi angustia y me dijo: «Mi esposo es ingeniero y te puede ayudar». Entonces, este hermano vino a mi casa, me alentó y recogió todas las piezas. Al poco tiempo, las trajo con otro amigo, armaron todo aquello y funcionó a la perfección, como nueva.

Entonces le dije al Señor: «Tú, Señor, me diste esta moto, te la devuelvo, es tuya, la dedico para tu obra y servicio». Cada mes entregué mi ofrenda a Dios y, de los treinta y tres años que llevo junto a mi esposa en el ministerio, veintitrés ha estado sirviéndonos la moto con calidad y seguridad.

¡Alabado sea el Dios de las maravillas y los grandiosos milagros! Les invito a todos a servir a Dios.

Pr. Adaias Lores Rodríguez,
secretario ejecutivo de la Asociación
del Amanecer, Cuba.